

tían individuos esparcidos ó átomos disgregados; todo poder, toda fuerza, toda vida, dimanaban de aquel sol de justicia, de aquel Dios viviente, de aquella luz comunicable, de aquel señor de los señores puesto por los caprichos del nacimiento y por las voluntariedades de la fortuna en los altos de un trono á los cuales llegaban continuamente coros de alabanzas, ecos de bendiciones, nubes de incienso, aunque por todas partes se sintiese el ruido de las cadenas confundiéndose con el grito estridente y el clamor de muerte que lanzan los esclavos, en cuyas ergástulas se acariciaba, pues tales crímenes engendran las tinieblas, el puñal del asesino y la tea del incendio, los excesos y los delirios propios de todas las catástrofes.

Durante todo el siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, siempre que en Francia se trató de convocar los Estados Generales, opusieron protestas cortesanas, considerándolos como el mayor de los peligros para el Monarca y el mayor de los males para la monarquía. En tiempo de la Fronda, cuantos pensaban traer los Estados Generales para concluir las guerras civiles, despertaban de su temerario ensueño allá en los calabozos de la Bastilla. El día que Francia se vió arruinada por los delirios del absolutismo, y ánimos esforzados pidieron que se consultara el remedio á la nación, escribió el cardenal Dubois, ministro de Luis XV, estas palabras. «Desacato grande pedir al Monarca que se sujete á sus vasallos; proyecto dañosísimo hacer de los franceses como un pueblo inglés». Así, no tiene nada de extraño que la monarquía, ese árbol gigantesco rodeado de un desierto tan desolado y tan grande, trajese á su cima y á su copa el rayo de la revolución. Es verdad que el feudalismo antiguo había cesado, incorporándose á la monarquía sus privilegios; es verdad que los antiguos siervos habían desaparecido y convertídose en jornaleros; es verdad que la propiedad estaba ya muy repartida y fraccionada entre innumerables manos; pero también es verdad, como observa profundamente Tocqueville, que ese feudalismo, pasado ya como institución política y subsistente como institución civil, exigía al pobre corbea para abrir los caminos y peaje cuando trataba de pisarlos, pago de entrada y de asistencias á los mercados y á las ferias; tributos al traspaso de las tierras y al acto de las ventas; censos, foros, ofrendas forzosas en dinero ó en especies; obligación de moler en el molino señorial; defensa, como se decía hasta en nuestros antiguos cronicones y fueros, es decir, prohibición de cazar, de pescar, de tener palomares, y por último, entrega del diezmo de todas esas cosechas mermadas, repartidas, devoradas entre tantas aristocracias ociosas y regalonas, entrega de ese diezmo á la Iglesia como un teudalismo de la conciencia y del alma. Si hubiera existido una tribuna, el pueblo se quejara y viniera la reforma. No tolerándose la queja y no pudiendo venir la reforma, debía por fuerza, por una ley mecánica ineludible, sobrevenir la revolución, obra, no de los infelices abrumados bajo un yugo insoportable, sino de los poderosos que se lo habían impuesto. Así, los castillos abandonados, la corte llena, los campos despoblándose, las poblaciones hinchándose, los

exactores sobre las tierras con voracidad de langosta; las autoridades populares y las magistraturas judiciales vendidas, los oficios concedidos como privilegios, los gremios limitando la actividad individual, la tiranía cayendo sobre las almas, el convento sin ninguna de sus antiguas ventajas y con todo el carácter feudal, la inquietud y el malestar por doquier, y como consecuencia necesaria de semejante estado, la revolución.

No se sabía cómo la idea emancipadora llegaba á todas partes; pero se sabía que llegaba. El simoun del desierto lleva en sus alas de fuego el polen fecundante al cogollo de las palmeras escondidas y solitarias. El magnetismo, que atraviesa nuestros nervios y que conmueve nuestra naturaleza, no tiene origen conocido y vaga como una corriente misteriosa por la inmensidad del espacio. Nadie adivina de dónde se ha evaporado á los cielos y á los aires la pródiga nube que fecunda los campos. De la misma suerte aparece misterioso el movimiento y misteriosa la circulación de las ideas. No sabemos por qué; pero lo cierto es que el pensamiento lanzado en la página del libro, en la arenga del tribuno, en la estancia del poeta, llega, como las corrientes del aire, como las ondas de la luz, como las chispas de la electricidad, hasta la conciencia del esclavo, cuyas cadenas rompe y á cuya emancipación se consagra. Lo cierto es que las ideas revolucionarias, elaboradas por algunas inteligencias superiores, descienden de aquellas cimas altísimas hasta el hondo y negro abismo de la ignorancia y de la miseria, donde toda luz, años antes se apagaba y se extinguía. Lo cierto es que por todas partes corre como una savia nueva la idea revolucionaria. El Parlamento del Franco-Condado, una de aquellas asambleas provinciales subsistentes al lado del absolutismo como una vana ornamentación, se despierta de su largo sueño feudal y pide la convocación de los Estados Generales, para reformar los tributos y preparar así todas las reformas». El clero mismo dice al Rey en una de aquellas reuniones, por un lado concilios religiosos, por otro lado asambleas políticas: «El más bello de vuestros dominios, señor, es el corazón de vuestros súbditos». Los ciudadanos de obscuras aldeas de Alsacia gritan: «No hemos tenido nunca libertad de pintar nuestros dolores tales como son». Los siervos de los benedictinos de Flavigny, en Lorenz, se levantan contra sus opresores, y como si el soplo que reanimó á Lázaro los reanimara á ellos, desafían las iras monásticas y protestan contra su insufrible tiranía. El pueblo de Rennes grita: «No hay libertad, prosperidad, bienandanza allí donde las tierras son siervas». Los campesinos de Carsi y de Rouet: «Todo el feudalismo debe ser abolido, y los nombres de vasallo y señor entre los súbditos del Rey, borrados para siempre de las actas judiciales». «Que todos los franceses sean nobles», gritan en Provenza. «No somos siervos: desde hoy cada francés debe ser contado como un hombre», añaden otros. «El fin del siglo, claman los habitantes de Meizac, será la fecha más importante de la revolución más bienaventurada». El clero de Moret: «Todos los franceses son hermanos, y hermanas todas las provincias de Francia». Los suburbios de París. «Una gloriosa revolución se prepara. La más

poderosa nación de Europa va á darse un código político, es decir, una existencia incontrastable, en la cual los abusos de la autoridad sean imposibles». Los habitantes de Poitou: «Del desorden de nuestras rentas, y del vicio de nuestras leyes, y de tantos abusos, y de tantas inveteradas costumbres, de nuestras propias disensiones domésticas, surgirá un nuevo orden de cosas bastante á consolarnos de todas nuestras desgracias». Los burgueses de Saint-Souveur en Normandía: «Desde largo tiempo, los derechos de la nación han sido desconocidos y destrozados; los derechos del trono han formado una excrecencia monstruosa. Hoy reivindicamos todas nuestras libertades».

En estos pregramas, discursos, índices, llamados por los franceses con el nombre genérico y comprensivo «Cahiers», se encuentran todas las más nobles aspiraciones de la revolución y todos los más profundos pensamientos de la democracia. Ya sabemos que sus elevados conceptos políticos y sus castigadas formas literarias revelan el alma y la mano de los grandes publicistas que los han dictado y aun escrito; pero no deja de ser maravillosa y digna de meditado estudio, aproximación semejante entre las inteligencias que sentían refluir en sí todo el espíritu de aquella centuria maravillosa y las inteligencias que yacían inertes en su terruño al pie de sus viejos altares y sin otros oráculos que sus curas. Esta comunión de extremos tan separados en la sociedad enseña ó bien cómo las ideas más abstractas se han popularizado hasta venir á ser alimento del pueblo, ó bien cómo el pueblo se ha engrandecido hasta poder llegar á las fórmulas más complejas del nuevo derecho. De cualquier modo, el trabajo de tantos siglos no se ha perdido. Desde esos genios que aislados se levantan en medio de las edades, alturas inaccesibles, y por lo mismo frías en su soledad y en su aislamiento, las ideas han bajado á los hondos valles sociales y se han desatado en corrientes varias que todo lo fecundan.

Maravillosas realmente son las transformaciones de la naturaleza. Es admirable cómo la planta convierte, al nutrirse, las materias inorgánicas en orgánicas por los tubos químicos de sus raíces, y cómo descompone, al beso de la luz en sus verdes hojas, el aire, para apropiarse el ácido carbónico, y cómo recoge de la trémula gota, comparada por los poetas cantores del rocío á lágrimas de la aurora, el amoníaco necesario á los filamentos y á la urdimbre de sus delicados tejidos. El trigo tiene todo un gabinete de alquimista en sus raíces, y chupando el ázoe del estiércol, cuyo hedor nos repugna, lo convierte luego y lo transforma en la albúmina, que, por las leyes y las operaciones de la nutrición, se extiende por todo nuestro cuerpo, hasta que el fuego vital verdadero, el oxígeno absorbido por la respiración llega á convertirlo en la fibrina indispensable á la carne y á los huesos. Maravillosa operación realmente esta serie de transformaciones, por cuya virtud y á cuyo influjo, unas sustancias se convierten como por ensalmo en otras sustancias, y la vida se extiende, se dilata, se irradia con su calor benéfico, á la manera de una combustión perpetua, por todas las esferas del sér y por todos los círculos del organismo. Pero si estas transformaciones son ma-

ravillosas, no lo son menos esos metamorfoseos de las ideas, esa realización del concepto más metafísico en la institución más positiva, ese paso misterioso del producto de nuestras facultades intelectuales que parece perdido y aislado y solitario, como una obra individual, á las leyes y á los principios universales en que las sociedades humanas viven y se rigen.

El pensamiento había formado una legión. El libro había caído como un rayo de luz invisible que sólo llegara á los senos del alma en el fondo de la oscura cabaña. El mundo de las ideas, extendido y universalizado, merced al trabajo de esa máquina llamada imprenta, había producido una especie de atmósfera moral semejante á la atmósfera material, y en cuyo oxígeno respiraban las almas. ¡Oh fuerza de la idea! Entre tantos obstáculos superaban los altos castillos feudales con todos sus muros y todos sus bastiones y contrafuertes; las paredes de la abadía y del monasterio con sus incontrastables vallas morales; las torres de la Iglesia y el prestigio de sus excomuniones; hasta las cimas casi inaccesibles de aquellos tronos que protegían en su sombra la tierra y sustentaban con sus gigantescas personificaciones de la autoridad el cielo. ¡Ah! Los escritores, apartados de los negocios, sin debates públicos donde acerar sus inteligencias, sin acceso alguno á la administración y á la política, llenaban de fórmulas sociales sus libros, pero fórmulas aprendidas en puras investigaciones de su razón y no reforzadas y no corregidas en el verdadero crisol de las ideas políticas, en la sabia experiencia. Desde los libros de religión hasta los libros de oficios é industrias: desde el tratado científico hasta la novela sentimental; desde el sermón preparado para el púlpito hasta la oda escrita para los salones; todas las formas del pensamiento revestían entonces un cierto carácter político, porque la razón humana pretendía con imperiosas pretensiones descender de lo abstruso y de lo etéreo á la tangible realidad. Y existía una creencia general, extraña á todas las enseñanzas de la Historia, pero acorde con aquella filosofía práctica, la creencia de que las ideas se realizaban como se escribían, con la misma facilidad y el mismo sistema y el mismo orden. Y esta creencia, tantas veces desmentida en el mundo por las impurezas de la realidad, pasó desde los literatos al vulgo y formuló aquella revolución que parecía una revolución abstracta, y que en realidad iba á transformar con su calor al mundo después de haber transformado con su luz la conciencia. Así, cuando se estudia aquella erupción de ideas que precede á los hechos, la tempestad universal que truena en las conciencias, la multitud de aspiraciones encontradas, las peticiones dichas y escritas en los varios documentos publicados por todas las asambleas primarias, el grito que se escapaba de la conciencia de aquel pueblo por tanto tiempo sometido al yugo, échase de ver que la revolución moderna, inspirada en ideas científicas, se acerca y se adelanta con la decisión de cambiar profundamente la antigua sociedad y sus usos y sus leyes y sus costumbres para fundar, según el clamor general de los espíritus, una sociedad nueva, puramente basada en las leyes de la razón é independiente de todas las tradiciones y de todas las enseñanzas de la Historia.



CAPITULO NOVENO

Los factores de resistencia y combate á la revolución

Los Reyes europeos, encargados por su oficio y ministerio de contrastar la revolución, habíanse puesto á sus órdenes, protegiendo á los filósofos y cultivando la filosofía, cual si desconociesen la misteriosa correlación existente por necesidad de las ideas con los hechos, entre quienes puede haber alguna distancia, pero como la existente de suyo entre los culebros del relámpago y los estallidos del trueno. No ha cruzado ninguna idea por las abstracciones filosóficas que no haya descendido á la realidad; ya en fórmulas aplicables á las sociedades como á los Estados, ya en tormentosas revolucionarias protestas. La filosofía no se contentaba con principios abstractos; había menester verdaderas encarnaciones de estos principios en lo político y en lo social. Amén de semejante natural tendencia, existía una razón especial para que los filósofos entonces tomasen carácter de políticos y pretendiesen una influencia material y tangible, así sobre los Estados en general, como sobre los gobiernos y las potestades y los principios en particular. Al modo que la filosofía helena tomara en Roma; sobre todo bajo Séneca y el maestro de Marco Aurelio, un carácter práctico, así moral como político, la Enciclopedia se había hecho por aquel tiempo un libro de combate á la monarquía y á la Iglesia, tal como se hallaban constituidas entonces y tal como venían viviendo de antiguo en la sucesión de los siglos. Así los enciclopedistas no constituían en realidad una escuela filosófica; constituían un partido militante, apareciendo siempre armados de todas armas en las escalas que pendían de los fuertes forma-